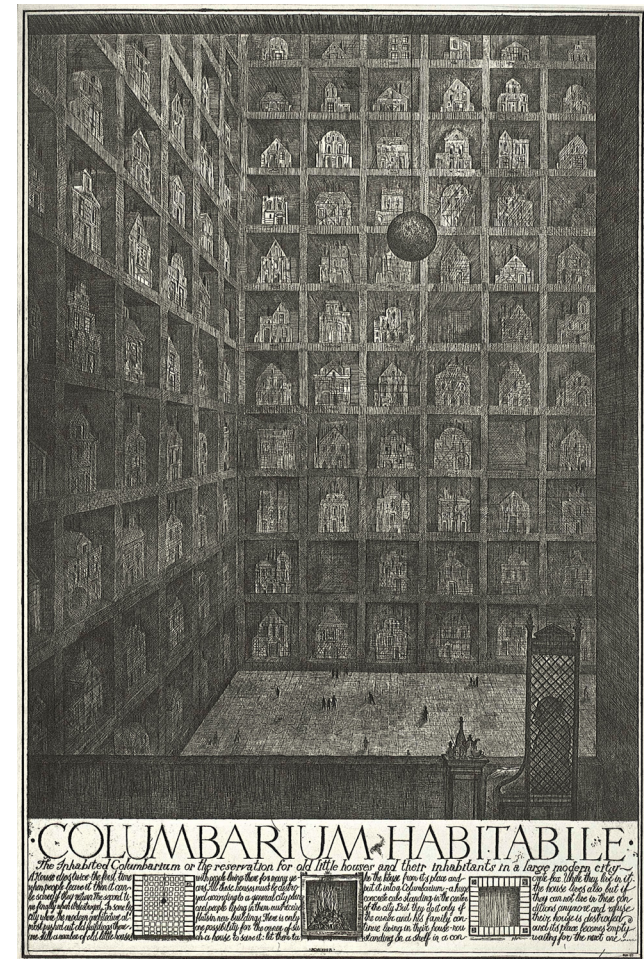


Arquitectura wittgensteniana.

Vilem Flusser.



RECICLAJE CULTURAL

Podemos contemplar el universo de los textos como si de un paisaje se tratase. De este modo reconocemos en él montes y valles, ríos y lagos, castillos, granjas y grandes ciudades con sus barrios residenciales. En el horizonte de este retablo imaginado aparecerán poderosas cumbres nevadas, como la Biblia u Homero. El grande y calmo lago de los textos aristotélicos, al cual lanzan sus redes, parsimoniosos, los pescadores, y en el cual reman los filólogos, llenará una parte de la cuenca del valle. Veremos cómo la cascada impetuosa de Nietzsche, que cae de las montañas, es atrapada por el ancho y manso río del pragmatismo moderno. Superando en altura a todos los demás edificios, se alzarán la catedral gótica de las Sumas de Santo Tomás en la plaza mayor de aquella ciudad, en la que se agolpan los tejados y las fachadas de las especulaciones del barroco. En los arrabales de esta misma ciudad se podrán ver las casas de vecinos y las fábricas románticas, realistas y secesionistas de la

literatura moderna, y, algo alejada del resto, encontraremos una caseta pequeña, aparentemente insignificante, más parecida a un andamiaje que a un edificio acabado: la casa de Wittgenstein.

La casita se llama Tractatus. Es un nombre que trata de embrollarnos. Pues, al entrar en la casa, constatamos inmediatamente que aquí nadie trata de agasajarnos. Muy al contrario éste es un lugar de imágenes reflejadas. La casa está apoyada sobre seis pilares, que se sostienen unos a otros mediante travesaños ordenados jerárquicamente. Mas en el centro se yergue un séptimo pilar, que tiene la función de romper el edificio y desgajarlo del suelo. Así pues, la casa, en todas sus esquinas, ángulos y juntas, se mantiene protegida, acorazada e inexpugnable. Y sin embargo, y precisamente por esa razón, amenaza con derrumbarse y desaparecer sin dejar rastro: condenada desde el principio, nada más empezar.

PRÁCTICA DEL BRICOLAJE

El edificio está asentado: las proposiciones que lo componen lo asientan y lo asientan. Cada proposición presupone todas las anteriores, y ella misma está presupuesta en todas las proposiciones siguientes. Proposición tras proposición va entrando el visitante en las supuestas habitaciones, y su pie se apoya en consistencias. Y de golpe, con una proposición, con una única proposición, se retira el suelo bajo los pies. El intruso se precipita en el pozo sin fondo de lo insondable.

La casa de Wittgenstein se encuentra en un suburbio de aquella ciudad, en cuya plaza mayor se alzan las torres de la catedral de Santo Tomás. Los pequeños y modestos pilares de la Casa Wittgenstein se apoyan los unos en los otros siguiendo el mismo método lógico-filosófico que los cimientos de la catedral. Pero parece existir una diferencia fundamental entre ésta y aquélla: la catedral es un barco que conduce al

cielo y la casita es una trampa por la que se cae en un abismo sin fondo. Pero cuidado: ¿no dice acaso Santo Tomás ser como un gran buey que devora, como paja, todo lo escrito antes de su revelación? ¿Es posible que el cielo por encima de la catedral, y el abismo que hay debajo de la casita, sean el mismo agujero negro? ¿Será acaso la pequeña casita de Wittgenstein la catedral del futuro? ¿Y no serán esos espejos que se reflejan unos en otros las vidrieras de nuestra iglesia? El paisaje que he descrito aquí es, obviamente, metafórico. Pero, ¿será posible trasladarlo a Viena? ¿Y podrá alguien que entre en la discreta casita de Wittgenstein percibir el aroma de lo indecible? De lo que no se puede hablar, hay que callar.

Vilém Flusser, "Arquitectura Wittgensteniana", en: Vilém Flusser, *Filosofía del diseño. La forma de las cosas*, Síntesis, Madrid, 1999. Traducción de Pablo Marinas.

Imagen: Utwin & Brodsky, *Columbarium habitabile*.